



*Primera
parte*

Capítulo 1

HOMBRE PÚBLICO: Que tiene presencia
e influjo en la vida social
MUJER PÚBLICA: Prostituta

THE SUN

Londres. Martes, 13 de septiembre de 1814

SOBRE LAS FLORES CORTADAS Y LAS MALAS HIERBAS

Desenvolverse como una mujer de bien no es tarea complicada. Se sabe.

Prudencia. Disciplina. Discreción. Son virtudes que no solo debemos cultivar: forman parte de nuestra naturaleza. Eso somos: semilla que se siembra, tallo que se mimra, flor que se corta. Expuestas como ornamento alcanzamos el más elevado de nuestros propósitos, aunque a cambio estamos abocadas a morir. ¿Y qué? Es un sacrificio que hace del mundo un lugar más bello.

No tienes que hacer nada. Es más, no es preciso que digas o desees nada. ¿Podría ser más sencillo? Todo lo que necesitas para convertirte en ejemplo de rectitud es una ausencia: solo tienes que quedarte quieta, callada, sonriente, amable, mirada baja. No respires.

Permíteme recomendarte precaución, señorita. Se ha detectado en este negocio del coleccionismo floral una mala hierba que prospera rápido, una especie de ortiga vulgar: si

la acaricias en la dirección de la hoja, parece suave e inofensiva, pero si la tocas a contrapelo, te cubre con un sarpu-lido insoportable. Me he tomado la libertad de bautizarla como *Derekia Aldrichensis*, en honor a su mayor cultivador, un caballero muy popular últimamente en los salones de Londres. Todo un ejemplo de saber estar.

Como él, esta hierba se manifiesta entre nosotras con la apariencia de un hombre joven bien parecido, capaz de co-dearse con damas y debutantes que caen rendidas en sus brazos como las estúpidas florecillas que somos. Es entonces cuando la ortiga muta en una suerte de planta carnívora: sabe que las florecillas podemos perderlo todo salvo el aspecto immaculado, porque en cuanto se nos caiga el primer pétalo nos considerarán marchitas. Y nadie quiere eso, ¿verdad?

Nuestro hombre-ortiga tiende la trampa. Un baile inofensivo, una mirada descarada, un comentario aquí y allí. El mundo está hecho a su medida. Ni siquiera sabrás dónde te has metido. No tengo que explicarte cómo funcionan los rumores. Todos caen, una y otra vez. Y él se hace de oro. Cuando recoge la red se marcha a un nuevo terreno virgen donde nadie sepa de su reputación. A estas alturas es un virtuoso en lo suyo, te lo puedo asegurar.

Y entonces, ¿qué queda? Tú, florecilla, no te atrevas a alzar la voz. La culpa es tuya por permitirlo. ¿Por qué no te quedaste quieta, callada, sonriente, amable, mirada baja? No hacía falta respirar.

Consíguete un hombre, te dijeron, pero hazlo como Dios manda, querida; de lo contrario, se termina la partida de este juego pervertido en el que solo puedes perder. ¿No conoces las reglas? Son dos y muy sencillas: él pone las reglas; él siempre gana.

Podría haber funcionado, pero a la hora de la verdad te sometiste a lo inaceptable: has sido engañada, humillada y deshonrada. No lo transformes a la voz activa —te engañó, te humilló y te deshonró—, porque es tu pasividad la que lo ha permitido. Únete a las que ya han sido defenestradas por la sociedad. Ahora no sirves ni de florero.

Sin embargo, me pregunto: ¿qué pasaría si la ortiga carnívora intentase comerse a una flor venenosa? Quizá se atisbe una indigestión, damas y caballeros. Y puedo asegurarles que el espectáculo no va a ser agradable.

Helen Westfield

Nota del editor: este diario no se hace cargo de las opiniones expresadas por *lady* Helen Westfield ni muestra conformidad con las ideas que aquí defiende.

—Guau. Impresionante —declaró con fingida sorpresa—. Así que, en definitiva, es una histérica.

Dobló el periódico con cuidado y lo dejó sobre la mesa, junto al vaso de *brandy* que le habían servido hacía más de una hora y que seguía intacto. Con un poco de suerte, si no lo tocaba nadie le obligaría a pagarlo.

—Exacto —confirmó su futuro cliente sin esforzarse por contener un resoplido de consternación—. Ya se lo he dicho: ella sola se retrata.

—Sí, no cabe duda de que es muy capaz —se apresuró a darle la razón, y procuró imponer al gesto una cierta gravedad cómplice.

Frente a él, el señor Aldrich asintió y sonrió por primera vez en toda la mañana. Bien, empezaba a cogerle el tranquilo. Quizá, después de todo, consiguiera ganarse su confianza. Si no la pifiaba en el último momento, tal vez lograra agenciarse un buen caso para las próximas semanas.

—Y dígame —continuó con su mejor voz de procurador del rey, aunque a un hombre como él ni siquiera se le permitía soñar con serlo—, ¿está usted convencido de que esta publicación persigue el escarnio? No cita su nombre, señor Aldrich... Al menos no de forma explícita —rectificó a tiempo con una mueca—, y yo diría que, hasta donde alcanza el entendimiento del lector medio, esto no es más que el desvarío de una muchacha trastornada. Una broma, incluso.

Derek Aldrich vació de un trago el vaso y lo dejó sobre la mesa con un golpe que habría acaparado miradas en una sala más silenciosa que aquella. En aquel bar de ambiente alborotado y pringoso, sin embargo, solo él se dio por enterado.

—¿Una broma? Créame, esto es un ataque. Un ataque cruel y desmedido.

Se tragó las ganas de reír ante el dramatismo de Aldrich: tenía una cierta tendencia teatral a la exageración que resultaba enternecedora, pero algo le decía que si soltaba una carcajada en su cara se quedaría sin cobrar.

—En ese caso, veamos: ¿tiene alguna idea de cuál ha podido ser el desencadenante de este ataque?

—¿Pretende insinuar que la he provocado, señor Millington?

—Mulligan —corrigió con un parpadeo lento y, al hacerlo, de veras retuvo un suspiro de resignación.

Trató de olvidar que era la tercera vez que el señor Aldrich le cambiaba el nombre desde que se habían sentado. Más difícil fue ignorar la forma en que este alzó una ceja que parecía preguntar: «¿en serio?».

Alex bajó la mirada y se obligó a analizar la situación con perspectiva. Era un momento tan bueno como cualquier otro para recordarse a sí mismo que, en realidad, estaba dispuesto a responder al nombre de «señor Muffin» a cambio de poder pagar el alquiler del próximo mes. De camino a aquel lugar había

gastado sus últimos peniques en una ofrenda con la que pretendía ganarse para siempre el corazón de Sally, y no es que se arrepintiera, pero ahora ni siquiera sabía si conseguiría cenar caliente esa noche. Se aclaró la garganta y continuó como si nada.

—Desde luego que no, señor Aldrich, le pido disculpas.

Paciencia. Tarde o temprano iba a necesitar entender lo que Aldrich pretendía sacar de aquello y hasta qué punto Helen Westfield lo tenía en sus manos, pero lo primero era lo primero: cerrar el trato.

Aldrich asintió una sola vez a su disculpa. Lo vio pasarse una mano por el pelo, como si estuviera nervioso, y solo entonces se le ocurrió a Alex pensar que, tal vez, él no era el único que andaba un poco desesperado, medio escondidos como estaban en aquel rincón del que debía de ser uno de los peores cuchitriles del barrio.

Necesitaba a aquel cliente, y estaba claro que el hombre lo necesitaba a él. La exasperación que veía en sus ojos no era producto de un fastidio momentáneo: era pura y afilada angustia, con un punto de ansias de venganza. Y él era el adecuado para conseguírsela.

De todas formas, la tal... ¿*lady* Helen? ¿*lady* Westfield? Bah, memeces. Le sonaba el apellido, pero no conseguía recordar dónde lo había escuchado. En fin, estaba claro que esa Helen Westfield era una pieza de mucho cuidado. A juzgar por la grandilocuencia autocompasiva de su artículo en el periódico, la muchacha estaba, en el mejor de los casos, aburrida, y en el peor, chiflada. En otras circunstancias, hasta se habría reído con semejante pataleta de niña rica.

—Lo que intento hacerle entender —explicó Aldrich apuntando a la mesa como si la clave de aquel asunto estuviera entre las vetas de la madera— es que esa zorra quiere destruirme. Ya ha conseguido que me impidan la entrada al club, ¿sabe? Y no

hace ni una semana que se publicó esa bazofia. ¡Me costó meses convencer a lord Astley para que patrocinase mi admisión! Ah, pero esa golfa abre la boca y todos empiezan a mirar para otro lado cuando me acerco, simplemente porque es la maldita hermana de un conde.

—Debo admitir que me sorprende que tanta gente haya llegado a leer un artículo perdido entre titulares más jugosos y en un periódico de poca tirada. Y que haya tenido consecuencias tan inmediatas.

—Es que no funciona así —explicó Aldrich con gesto cansado—. Basta con que uno solo de esos petimetres lo descubra para que el rumor corra por todo Mayfair como un río liberado después de abrir el dique. Es algo imparable.

—Sí, me hago cargo de cómo funciona el cotilleo desenfrenado. Lo curioso del caso es que dudo mucho que a la señorita Westfield se lo estén poniendo más fácil —dijo Alex con voz queda—. No, entiéndame, yo estoy con usted, pero tendrá que darme la razón al menos en este punto. La alta sociedad no perdona los escándalos, los devora con ansia. Se regodea en ellos con gusto, y dudo mucho que ella vaya a salir indemne de este. ¿Por qué motivo iba una niña rica a sacrificar su propio buen nombre?

—¡Me da igual! Por mí pueden lapidarla. ¿Sabe cuánto tiempo y dinero he dedicado a ser admitido en ese círculo? —Y como si solo entonces reparase en el aspecto que ofrecía, miró a Alex de arriba abajo y frunció el ceño—. No, que va a saber. No tiene ni idea de lo grave que es esto: varios de mis amigos me han retirado sus invitaciones para la próxima temporada. No han mencionado los motivos, claro. Son demasiado educados para hacerlo, pero de pronto todos se han dado cuenta de que van a estar muy ocupados para atenderme.

Le habría dicho que esos tipos parecían, en efecto, muy bien educados, pero que como amigos valían menos que la mugre de

sus zapatos. Sin embargo, le daba en la nariz que eso tampoco le ayudaría a conservar a su cliente, así que, en su lugar, dijo:

—Centrémonos en definir a qué nos enfrentamos, señor Aldrich. Hábleme de Helen Westfield.

Abrió por fin su cuaderno, el único que tenía, y mojó el plumín en el último bote de tinta que le quedaba. Era casi un ritual: su manera de firmar mentalmente el contrato. Una vez que empezara a escribir, podría decirse que había invertido en ese cliente, así que ya no podría permitirse perderlo. Tampoco es que antes hubiera estado en posición de hacerlo.

—Helen es... Ella... En resumidas cuentas, supongo que podría describírsela con solo dos palabras y ya se hará una idea fiel a la realidad: está loca —declaró Aldrich con una risotada.

Alex se obligó a permanecer callado, sin apartar la vista de la gota negra que estaba a punto de manchar el papel. Hizo bien. Era obvio que Aldrich estaba encantado de escucharse a sí mismo, y no sería él quien se lo impidiera.

—No, en serio, está para que la encierren. El problema es que el resto de su familia no está mucho mejor, así que no hay nadie al mando para pararle los pies y meterla en vereda. Su hermano mayor se enredó con una simple criada, no le digo más. Se largó detrás de esas faldas y le dio igual renunciar a todo, hasta al título. Los Westfield son un escándalo andante, tan ordinarios que parece mentira que pertenezcan a la aristocracia. Se lo aseguro: nadie los saludaría al cruzárselos en Saint James si no fuera porque ese pedante de Hardwick, con su palo metido en el culo y todo, ha conseguido mejorar la posición del condado al sanear sus cuentas y casarse con esa enclenque y pavisosa de Emma Atherton.

—¿Hardwick? —preguntó Alex alzando la vista del cuaderno sin tiempo de esconder la sorpresa—. ¿Sus tierras están cerca de Cambridge?

—Sí, ¿por qué?

De eso le sonaba, claro. Demonios, sí que estaba despistado. El ruido del local y el baile de cuerpos a su alrededor lo habían aturrido, no había otra explicación. Salvo, tal vez, la falta de sueño y buena comida desde hacía más días de los que quería reconocer.

—Por nada. Me crie en Barton. —La expresión de Aldrich no dio muestra de haberle comprendido—. Está en Cambridgeshire, a apenas un par de millas de Hardwick Manor. Sabía que me sonaba el apellido Westfield, pero no terminaba de ubicarlo.

No añadió el resto: que la razón por la que no se había esforzado demasiado en ubicar el nombre era que no conocía a nadie en Londres. Que, en realidad, se había mudado allí desde Cambridge, desesperado por prosperar en su profesión, y no llevaba ni dos meses en la ciudad. Que hasta el momento en que había pisado la tierra sucia y compactada de la ribera del Támesis, una ciudad de aquellas dimensiones habría superado con creces el alcance de su imaginación.

No dijo nada al respecto porque su inexperiencia como londinense solo empeoraría una situación ya de por sí precaria. Cuando, una hora antes, había estrechado la mano del señor Aldrich, había reconocido en su mirada el mismo recelo al que ya estaba acostumbrado: ¿este muchacho es el que se supone que va a ayudarme?

Y sí, era muy consciente de la primera impresión que causaba. Su anterior cliente prescindió de sus servicios porque, «chico, ni siquiera aparentas la edad necesaria para haber empezado los estudios universitarios, mucho menos para haberlos terminado». Después de aquello empezó a considerar seriamente la idea de aplicarse polvo de arroz en el pelo para dibujarse algunas canas. La alternativa lógica era la de vestir la peluca de abogado más a menudo, pero no tenía con qué pagar el mantenimiento,

así que prefería no desgastarla. Además, aún le quedaba una pizca de vanidad en el cuerpo, por Dios.

—... irracional, prepotente, violenta incluso —Aldrich llevaba varios minutos empleado a fondo en describir a la mujer que lo había puesto contra las cuerdas—, ¿qué más quiere que le diga? Esa zorra es una pesadilla.

Siguió escribiendo después de que el hombre guardara silencio. Había utilizado demasiados sinónimos innecesarios, además de unos cuantos apelativos que Alex no se habría atrevido a decir en voz alta delante de su santa madre, pero la idea general estaba bastante clara: niña mimada conoce a galán de pocas entendederas. Después de unas cuantas caídas de párpados y de hacerse la encontradiza en los jardines de *lady* Charity Plimpington o algo por el estilo, se deja querer por su caballero. Cuando la cosa se pone seria y hay riesgo de que papá —o el hermano mayor, en este caso— se entere de todo, empiezan a surgir los problemas y el castillo de naipes se viene abajo. Todo aquello componía un cuadro bastante verosímil, a decir verdad.

Lo que en realidad convertía a Helen Westfield en una estrategia de dudosas habilidades era que se hubiera tomado la molestia de destruir a un hombre de inferior clase social solo para no tener que volver a cruzárselo. ¿No le preocupaba el señalamiento? ¿O arruinar sus perspectivas de lograr un buen matrimonio? Si ella también perdía sus oportunidades por el camino, ¿qué era lo que la motivaba?

—¿Fue usted quien puso fin a la relación, señor Aldrich?

Él exhaló un suspiro que consiguió sonar al mismo tiempo resignado y satisfecho. Impresionante.

—Sí, lo cierto es que sí. No tuve más remedio...

Despecho y venganza, entonces. Motivos poderosos. Con un solo movimiento, esa chica se había cargado la reputación de

un hombre, y aunque por el camino hubiera arrasado con la propia, si su familia era tal como la describía Aldrich, no habría nadie en casa para recriminárselo. Una vez resuelto, había chisme para los entrometidos y todos contentos.

Todos salvo Derek Aldrich, claro. Pobre diablo.

—Bueno, dígame qué hacer de una vez, Millington.

—Mulligan —le corrigió por enésima vez mientras escribía a toda prisa.

—Eso he dicho.

—Verá, Derek... Puedo llamarle Derek, ¿verdad? —se arriesgó con esa seguridad que había aprendido antes a fingir que a sentir, y continuó hablando sin que el hombre tuviera tiempo de responder—. Hay dos cosas que me preocupan de ese artículo. Primero, la señorita parece insinuar que usted se ha beneficiado de la candidez de más de una joven; segundo, amenaza con ser ella la que por fin lo destruya. Así que solo tengo una pregunta, y déjeme advertirle que no tiene ningún sentido mentirme: yo estoy aquí para defenderlo, no para juzgarlo. De eso se encargará algún magistrado con muchas más arrugas y muchas menos preocupaciones. Solo la verdad, Derek. De lo contrario, me negaré a asumir su caso y ayudarlo.

Eso último era un farol, claro. Pero Aldrich no tenía por qué saberlo.

—Está bien, entendido —aseguró él con un asentimiento apresurado, atento, quizá por primera vez en toda la mañana, a lo que Alex decía.

—De acuerdo, ¿tiene Helen Westfield alguna prueba de lo primero con la que conseguir lo segundo?

Aldrich parpadeó, confuso, así que Alex decidió concederle un instante antes de poner del todo en entredicho su inteligencia.

—¿Cómo?

—Pruebas, Derek. ¿Tiene ella alguna prueba contra usted?

Cuando por fin encontró el sentido de su pregunta, se inclinó hacia delante para responder con impaciencia:

—¡Ah, sí! No.

—Le voy a pedir que sea un poco más claro.

—No, no. No tiene nada. Nada de nada, se lo aseguro. ¿Qué iba a tener? Son todo invenciones de esa arpía. Dígame, ¿qué debo hacer? Tengo que librarme de esta acusación sea como sea.

Alex dejó el plumín sobre la mesa y cruzó las manos antes de empezar a hablar. Después de todo, sí que cenaría caliente esa noche. Tal vez hasta le pagara el mes de alquiler por adelantado a la señora Black.

—Para empezar, usted no va a librarse de ninguna acusación porque ninguna acusación se ha hecho contra usted, salvo por unas cuantas palabras que serán papel mojado para cuando hayamos acabado con esto.

—No me...

—Será Helen Westfield quien se defienda, señor —lo interrumpió con firmeza—. ¿Está familiarizado con el concepto de *difamación*?

Aldrich, que había empezado a alzar una ceja inquisidora, se atrevió por fin a esbozar una sonrisa lobuna.

—Vagamente...

—Bien, pues déjeme aclarárselo, por si le queda alguna duda: ese artículo será admitido como tal ante cualquier tribunal. Un libelo. Un crimen de alteración de la paz por el cual la denunciaremos.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó Derek, cuyos ojos habían cobrado de pronto el brillo de una esperanza casi febril.

—Podemos. Y lo haremos. La ley estará de nuestra parte. Una vez interpuesta la denuncia, será ella la que tenga que demostrar la autenticidad del contenido difamatorio, y estará perdida antes de haber empezado. —Habría jurado que su cliente se es-

taba relamiendo, así que se permitió una sonrisa triunfal—. No voy a defenderlo, señor Aldrich. Voy a atacar.